

PARIS ALEGRE



Colorido con la máquina «Aquatype» (Privilegio para España).

Año I. — N.º 10.

FLORES ROJAS Y FLORES BLANCAS.

1.º DE SEPTIEMBRE DE 1901.

PARIS ALEGRE
Barcelona.
Barcelona.

CRÓNICA



A noticia me produjo la natural sorpresa. Pero ¿es posible — me pregunté — que también los serios y flemáticos alemanes se encuentren metidos en esos trotes? ¡Yo creía que eso se quedaba para los pícaros parisienses, á quienes ya se culpa públicamente de hacer lo que si por el momento constituye los más sabrosos refinamientos del vicio, á la larga resulta... que disminuye la población!

¡Y qué calidad la de las personas sorprendidas! Lo más *chic*, lo más distinguido y floreciente de Berlín, por lo que se refiere á los hombres, y lo más bello, elegante y encopetado en lo tocante á las ellas.

Después de todo, á mí, que no me espanta nada terrible, la cosa no me produjo la menor alarma: esa es la pura verdad.

¿Que quieren unos cuantos correr una *juerguecita* sardanapalesca? Pues por mí que la corran. ¿Que quieren otras cuantas compartir con ellos la alegría de la *juerguecita* citada? Pues yo no me opongo á tan legítimo deseo, y ya pueden estar divirtiéndose hasta que se descubra en definitiva la dirección de los globos. ¿Que esa clase de fiestas íntimas se repiten con frecuencia? ¡Pues dichosos ellos que se pueden permitir semejantes lujos! ¿Que en los momentos álgidos lo que empezó por un baile correcto y fino degenera en una orgía de las de P. y P. y W.? Eso se queda para el curioso lector y lo he de ser yo quien lo censure y mucho menos quien lo denuncie. ¡Dichosos ellos que pueden endulzar la vida con esos momentos de placer en que se bebe, se come, se canta, se ríe y... en suma. se hace todo lo posible porque nadie quede disgustado, dando á cada cual lo que de su gusto sea, porque al fin y al cabo cada cual puede hacer de su capa un sayo, y ya es sabido que en la variedad está el gusto y que sobre éstos no se ha escrito hasta ahora nada, por lo menos que constituya cuerpo de doctrina y ley que haya que acatar.

Cierto que la moral — ocioso es consignarlo — no salía muy bien librada en tan interesantes reuniones: pero para eso, la moral como prudente, empezaba por no entrar, para de ese modo no tener que salir de ninguna manera.

Lo que ya no veo yo tan claro es por qué la policía ha de intervenir en esas, que, después de todo, son unas fiestas particulares, coartando la libertad de los ciudadanos allí congregados y que cuando lo estaban sería porque hallarían placer en ello. ¿Es que el Estado tiene la obligación de vigilar hasta el extremo de imponer un gusto oficial? Todos los sorprendidos y hasta creo que conducidos á la presencia del juzgado, son personas de calidad, de posición desahogada y que por educación y ambiente de vida, deben tener una instrucción artística acabada: ¿qué mal hay en que se entretengan incoherentemente en poner en práctica las posturas académicas que les sugiere su inspiración y su legítimo deseo de hallar lo nuevo en todo? Decía Brillat-Savarin que quien inventaba un plato nuevo hacía más por el progreso y la humanidad que quien ganaba una batalla. Yo, que me atrevo á plagiar á aquel grande hombre, aseguro que quien descubre un nuevo placer debería ser coronado de rosas por cuantos al amor en todas sus manifestaciones nos dedicamos y ser condecorado con el título de bienhechor de la sociedad. ¡Es tan aburrida la rutina en todo!...

Y que todo adelanta hoy lo prueba la agencia descubierta para proporcionar carne fresca á los *gourmets* del vicio.

He ahí cómo, por esta vez, el comisario de policía del distrito de Batignolles, M. Roufaut, ha actuado de Cristóbal Colón.

Dicho señor vió entrar días pasados en su despacho á una hermosa joven de 18 años (¡bonita edad!) con aire de provincia (que es un aire muy incitador), la cual, deshecha en lágrimas (¡tontuela!), arrodillóse á sus pies pidiéndole protección y contándole su odisea que era, sobre poco más ó menos, la misma de todas las provincianas de diez y ocho años, hermosas y de aire campesino.

En el boulevard de Strasburgo se dirigía á una agencia de colocaciones, vecina al Châtelet, cuando no lejos del Château-d'Eau la detuvo un individuo, elegante, como de unos cuarenta años y que le dijo de buenas á primeras:

— Usted, joven, es de Verdun. La conozco bastante de vista. ¿Desea V. buscar colocación, eh?

La chica, creyendo que el desconocido era un alma cándida y generosa, no tuvo reparo en hacerle confidencias sobre su pasado y contarle sus planes para el porvenir.

Y el punto aquel, parece que la dijo:

— Perfectamente: comprendo lo que conviene á sus propósitos, y como tengo un íntimo amigo, perteneciente á la aristocracia, él podrá dar á V. lo que busca y hacerla ganar bastante dinero.

Después la condujo á un café donde halló á su anciano protector que la encontró muy bella y la convidó á cenar en un cuartito reservado de un hotel de la calle Belleford y donde la dieron la *documentación* correspondiente.

El viejo — dice la muchacha — me hizo andar; que le mostrara mis dientes y mis carnes; me interrogó sobre la abundancia de mis cabellos... en fin, que comprendí lo peligroso de mi situación y me he decidido á buscar el amparo de la justicia.

Como se ve, la agencia contaba con personal apto, numeroso y perfectamente instruido para la caza al ojeo de las piezas más sabrosas. Lo que tiene es que á lo mejor ó á lo peor para ellos, y como en esta ocasión, la pieza levanta el vuelo dejando al cazador con un palmo de narices.

Pero si el susodicho anciano quiere un consejo, partiendo de la base de que le guste realmente la provincianita, yo se lo puedo dar, *gratis et amore*: espere un par de meses nada más á la chiquilla, y verá como ella misma va á buscarle solicitando el apoyo que ayer despreció.

La chiquilla honesta, púdica y ruborosa de Verdun, bailará dentro de corta fecha el can-can en el Moulin de la Galette.

Conozco á muchas en idénticas condiciones.

CONDE VIOLET.



OJO CLÍNICO

Ella se llamaba Paperini y había debutado en el teatro de la Opera con un éxito extraordinario, debido sin duda alguna más á su provocativa hermosura que á sus dotes de tiple ligera, que no dejaban de ser muy relativas. Pero en cambio aquella mirada provocativa, aquellos contornos esculturales, aquellas redondeces marmóreas que lucía á través de encajes, gasas y tisús de oro, alborotaron el cobarde masculino, que desde los primeros instantes se declaró decididamente su partidario, defensor y entusiasta, tributándole una ovación de las que forman época en la vida de una artista y de una mujer.

Entre los más encalabrados por aquella estrella del arte lírico figuraba el barbilampiño Vizconde de Trouville, que con regular fortuna y la inexperiencia de la vida, inexperiencia de quesiempre había sido víctima, consideró la cosa más sencilla del mundo hacerse dueño, aunque no fuera más que por una noche, de la Paperini, desbandando por su audacia y decisión al ejército de setemesinos y viejos verdes que, para sus capotes, abrigaban análogas pecaminosas intenciones.

Y como las conquistas fáciles que hasta aquel momento histórico había realizado el Vizconde le habían hecho conceptuarse como conquistador irresistible, no bien hubo bajado el telón del segundo acto, ya nuestro hombre había comenzado á poner en práctica su plan de ataque, empezando por sobornar con propinas á los porteros del escenario para que le dejasen penetrar en él y poder así, más cerca, contemplar en toda su hermosura á su flamante ídolo, contratar ramos de flores á las vendedoras de ellas en el mismo coliseo, á no quitarla los gemelos de encima y hacer, en suma, toda la serie inagotable de majaderías que es uso y costumbre en quien sitia una plaza que tiene por únicas defensas los telones de boca y los bastidores de un escenario.

Estaba dispuesto á no dejarse postergar por nadie en tal empresa, y oro molido que le hubieran pedido, oro molido que hubiera dado para el logro de sus ambiciones cada vez más ardientes y apasionadas. Los sofiones de los cancerberos de entre bastidores, los trastazos que le daban los tramoyistas, el golpe de bambalina que le apabullaba el sombrero de copa, los insultos con que le favorecían los maquinistas al encontrársele siempre de pasmarote en su camino, todo lo sufría el buen joven con resignación evangélica, los ojos puestos en blanco y chupando el puño del bastón según su habitual costumbre, por estar cerca, muy cerca del camerino en que su bella adorada permanecía oculta á miradas lascivas é importunidades de los abonados. Pero, ¿qué era todo aquello ante la inmensidad de sus deseos, ante la suprema dicha de realizar un asalto que le

había de dar, en el círculo de memos donde se reunía, la categoría de un don Juan de Austria?

Esperó que terminara la representación, arrebuñado entre un traspunte y un gasista, para que ningún otro le pudiera tomar la delantera. Cada momento le parecía al infeliz un siglo, y cada aplauso del público una declaración de amor, y cada besito con que ella correspondía, enviándolos con la punta de los dedos, una perfidia. ¡Hasta llegó á sentir celos, pero celos horribles de los albarderos!

Cuando la representación acabó en medio de una ovación delirante y la Paperini se retiró á su cuarto toda emocionada, nuestro Vizconde sacó un lápiz, y con mano nerviosa escribió la más elocuente, la más entusiasta, la más vehemente de todas las declaraciones de amor que han surgido de cerebro, mano y corazón humanos. En aquella epístola estaba esbozado todo un poema de amor; de la contestación que mereciera dependería la felicidad ó la muerte de un hombre: del Vizconde de Trouville.

Este se colocó junto á la puerta del camerino, pegado materialmente á él, como centinela ó guardián hasta de los suspiros de la mujer que se albergaba dentro. Sintió, nervioso, febril, calenturiento, que la Paperini se despojaba de sus galas de escena y que se vestía los crugientes y perfumados vestidos de raso... Un temblor acompañado de culebrillas de frío inundó todo su cuerpo... El momento era definitivo... ¿Se atrevería? ¡¡Si!! .. Ea, valor...

Y dió con los nudillos en la puerta, con repiqueo de epiléptico.

La puerta se abrió y ante la atónita vista del Vizconde apareció la artista medio desnuda, incitante, provocativa...

El de Trouville no supo qué hacer ante tanta hermosura y balbuceando frases galantes, la entregó un ramo de flores y un papel...

Y esperó impaciente la contestación que había de ser su sentencia.

Á los pocos momentos el Vizconde fué llamado por la estrella, quien amablemente le dijo:

— Veo, señor, que tenéis un ojo clínico de primera y una galantería exquisita... ¿Cómo, á la simple vista, habéis adivinado mi enfermedad?... Os agradezco infinito la prescripción. Si me curo os nombraré mi médico.

El Vizconde quedó convertido en estatua de sal.

En vez de la declaración amorosa, había entregado á la artista una receta con que combatía ciertos contagios de su vida crapulosa.

La receta embalsamó el camerino con oleadas de perfumado sándalo.





EL "RASTAQUOUÈRE"

Hay hombres para todo, ó por lo menos, para muchas cosas que no son precisamente primas hermanas de la dignidad.

Y ¡claro! si no hubiera hombres para todo, habría muchas cosas que no se harían, y la vida resultaría demasiado monótona.

Entre estos hombres, figura en primero y principal término el «rastaquouère», que si alguien pudiera creer que es esencialmente parisiense, yo debo convencerle de que el tipo es cosmopolita, y que lo mismo se encuentra en Francia que en España, en Rusia que en Inglaterra, y que como la *palida mors* de que nos habla el poeta, lo mismo habita las *pauperum tabernas* que las *regumque torres*.

De esta triste verdad me convencí no hace mucho á causa de un lance que me parece debe ser, por lo original, narrado.

Es el caso, que hallándome por primera vez en Barcelona, quiso mi buena suerte, que tropezara con la mujer más sandunguera que ha nacido de madre.

Alegre y pizpireta, de carácter abierto y franco, la elegante muchacha hizo buenas migas conmigo, que, aunque no esté bien que me alabe, también poseo las idénticas buenas condiciones que en ella reconocí. Y comenzando por apearse el tratamiento, montamos en una *manuela* que á toda la velocidad de que es capaz un jamelgo de alquiler, nos transportó en un *santiamén* bajo las frondosas copas de los árboles del Parque, que tamizaban, como un inmenso cernedor de esmeralda, los dorados rayos de un sol de Abril.

Lo que á la sombra de aquellos paseos nos contamos, dijimos y charlamos, ocuparía mucho espacio el consignarlo, aunque fuera ligeramente, y acaso, acaso produciría el natural rubor en algunos lectores, aunque también ligeramente fueran insinuadas las conversaciones.

El ardoroso ambiente de la primavera que retoñaba, y las miradas arrebatadoras de aquella mujer, eran motivos más que suficientes para disculpar cuantos

extremos de pensamiento, palabra y obra fueron apoderándose insensiblemente de mí, hasta el punto de hacerme olvidar de todo; de las conveniencias sociales, del sitio público en que nos hallábamos, de los respetos que se deben á la gente, del candor del cochero y, lo que es peor que todo esto, de que el alquiler de la manuela iba corriendo y de que había comenzado aquella aventura sin dos pesetas en el bolsillo.

Una fresca ráfaga de aire me hizo comprender todo lo grave de mi situación: el banquete se imponía; el cochero querría cobrar su tarifa, mi adorada necesitaría comprar alfileres... ¿qué iba á hacer yo?

Antes de seguir más adelante en el amor y en el coche, creí oportuno, ¡aún conservaba en mí algún resto de delicadeza! confesar á la muchacha mi verdadera situación, aun á trueque de encontrar su enojo en lugar de su disculpa. Pero el dios niño, que vela por los enamorados, no me dejó abandonado á mis propias fuerzas, que hubiera sido como dejarme entregado á la nada, é infiltrando en el alma de mi conquista toda la grandiosidad de Hernán Cortés cuando quemó las naves, tuve la satisfacción de oír que amorosamente y posando su boca de fuego sobre mi oreja, me dijo:

—Con tu cariño tengo bastante: de lo demás, no te preocupes.

—¿Pero, tú tienes dinero?

—Lo mismo que tú.

—Entonces...

Llegamos á un bosquecillo verde y perfumado, que parecía un gigantesco nido.

—¿Te parece que dejemos el carruaje?— me preguntó.

—Lo que te parezca — le respondí.

Nos apeamos, y ella, cogiendo de la mano al automédonte, le introdujo por el follaje de verdura, diciéndome al paso:

—Aguarda un momento: voy á pagar al cochero.

Sentí que un hervor de sangre se me agolpó al corazón y al cerebro. Tuve un momento de indecisión y de sorpresa. Por mi gusto la hubiera ahogado; me quedé atónito y con la rabia y la vergüenza anudando mi garganta y mis músculos...

—¿Ves qué sencillo?— me dijo á los pocos momentos mi ella, saliendo de entre la enramada.—Ha sido cuestión de un momento... Ya está pagado el cochero.

Y cogiéndome mimosamente por el brazo, añadió:

—No te enfades: tú eres el elegido de mi corazón.

Me encontré hecho otro hombre; una transformación radical se había operado de pronto en todo mi ser y colocándome, por un supremo resto de vergüenza, una barba postiza con que desfigurarme á mis propios ojos, sintiéndome *rastaquouère* perfecto, la ceñí por el talle, y exclamé casi sin saber lo que decía:

—¡Te convidó á cenar! ¡Quiero beberme una botella de champagne, contigo!

—Pero, ¿tienes dinero?

—¡Tú te encargarás de pagar al mozo en la misma moneda que al cochero!





¡ELLAS!

Sólo se pasan dos días buenos con una mujer—dice un autor antiguo:—aquel en que uno se casa con ella y aquel en que se la entierra. — Una mujer no es buena sino en dos sitios — añade con mucha insolencia: — *vel in thalamo, vel in tumulo*. — Si, pues, en tu juventud, caro lector, se te proponen bodas, contesta enseguida que la época de casarte no ha llegado aún, y cuando seas viejo, di que ya ha pasado.

A. Ricard.

* * *



Cuando las mujeres no pueden vengarse, hacen como los niños: lloran.

Cerdán.

* * *

El corazón de una mujer galante es como una rosa de la que cada uno se lleva una hoja, y sólo quedan luego las espinas para el marido.

Sofía Arnould.

* * *

No elijas mujer ni tela
A la luz artificial,
Porque la una y la otra
Grandes chascos suelen dar.

* * *

Las mujeres consideran á sus amantes como naipes. Juegan con ellos durante cierto tiempo, y cuando han ganado, toman otros, y con éstos pierden todo lo que habían ganado con los primeros.

Pope.

* * *

No te envanezcas de ser muy amado de la mujer que se ame mucho.

Pitágoras.

Nada honra tanto á una mujer, como su paciencia; y nada la honra menos, que la paciencia de su marido.

J. Joubert.

* * *

Si quieres que las damas
Tras de ti anden,
Cuando vayan andando
Ponte delante.

* * *

Yo comparo la mujer á la pantera, porque en todo se le parece. En los pájaros, su análogo es la perdiz, y en los reptiles, la víbora.

Aristóteles.

* * *

Las mujeres de hoy en día
Son lo mismo que palmitos:
Empezando á quitar hojas,
Sólo quedan desperdicios.

* * *

La alegría es muy á menudo madre de numerosas locuras. Riendo se pierden las mujeres.

Richardson.

DOBLE PAGA

— ¿Otra nueva *toilette*?

— Ya lo ve usted. ¿Qué le parece?

— Magnífica.

— Me complace que sea de su gusto, porque sé que es excelente.

La amiga se inclinó ante el cumplido, y, después de un detallado examen del precioso traje, exclamó con cierta pizca de malicia:

— El señor de la Vallée tolera sin recriminación estos gastos?

— No dice esta boca es mía. Por lo demás, querida, sepa usted que esto no le concierne.

— No obstante, amiga mía, el abono de la cuenta...

— Esta la cancelo yo con mi presupuesto particular, y Raúl nada tiene que ver con el asunto...

— ¡Hum... hum!

— ¡Oh, no vaya usted á darle á mis palabras interpretación torcida, y sobre todo, amiga mía, aleje usted cualquiera sospecha de cosas que no existen... Entre mi esposo y yo, todo anda con regularidad perfecta, y con justo fundamento me concede entera confianza... Esto es resultado de cierto acuerdo

mutuo pactado entre ambos cuando nuestro viaje de boda...

— ¿En el viaje de boda?

— ¡Dios mío, sí!, y yo me aproveché sencillamente de una confidencia para establecer un tratado.

— No sé ver la relación...

— Nada más sencillo, amiga mía. Oiga usted en dos palabras la historia:

« Como infinidad de matrimonios, el nuestro lo concertaron nuestros padres, y á mí me consultaron puramente por fórmula. Rico, bien emparentado, relacionado con lo mejor de la sociedad, inteligente y bastante buen mozo, Raúl, á decir verdad, no me desagradó ya la primera vez de verle, cuando como futuro novio me lo presentaron, y dí fácilmente mi consentimiento. No tengo reparo en confesárselo á usted con franqueza: me sentí dispuesta á amarle. Por su parte, él pareció que apreciaba también mi rubia belleza, y no tardó en prendarse de mi persona. »

— Lo cual prueba su exquisito sentimiento de la línea correcta y de la forma graciosa.

A su vez, Mme. de la Vallée se inclinó sonriendo.

« En general — continuó — los enamorados son locuaces, lo asegura así el proverbio, y en tanto duró nuestro viaje de boda, tuve ocasión sobrada de comprobar la verdad de este aforismo. A pesar de la extraña manera de educar á las señoritas usada en Francia, no llegaba mi candidez al extremo de creer en que la juventud de mi marido hubiese transcurrido enteramente inmaculada; pero no esperaba tampoco oír los fantásticos relatos con que á veces esmaltaba él la conversación. Inconsciencia ó fatuidad, el caso es que Raúl no tenía reparo en contarme sus calaveradas de soltero, y aun se complacía con aire fanfarrón en alabarse de su buena fortuna en varias conquistas.

» En manera alguna podían tomar acceso en mi espíritu celos retrospectivos, ni creí que debiese inquietarme para nada de lo sucedido; pero esto no me impedía sin embargo utilizar en provecho mío aquellas efusiones íntimas.

» Ambas lo sabemos perfectamente: el principal objetivo de una mujer será siempre el de sacudir el yugo con-

yugal á fin de conquistar una relativa independencia para los gastos de la *toilette*. Si el amor propio del marido se muestra satisfecho en presencia de la esposa elegantemente ataviada, buen número de ellos en cambio no aflojan sin murmuración los cordones de su bolsa cuando se trata de la cuenta de la modista. ¿Por qué, pues, no tratamos de evitar ese rozamiento y apartar un germen de discordia que suele perturbar la mayor parte de veces la buena armonía del hogar?

» Partiendo de este principio, ideé un plan y esperé pacientemente una ocasión favorable para desarrollarlo. Esta se presentó una noche al entrar en el teatro de la Scala de Milán.

» En uno de los primeros palcos á la izquierda, exhibiéndose mucho, una mujer rubia, escandalosamente escotada, apuntaba sus gemelos en todas direcciones. Su brazo, blanco y rollizo, destacaba sobre el terciopelo carmesí, y todo en su actitud llamaba la atención.

» Ni hermosa ni fea, sus facciones eran insignificantes, y á pesar de los artificios de la *toilette* y de la



profunda ciencia del afeitado, acusaba visiblemente los cuarenta.

» En el momento en que sus gemelos, por segunda vez, se detenían en nosotros, no supo reprimir un movimiento de sorpresa. Tan luego como se lo hice notar, Raúl volvió la cabeza del lado del palco, y súbitamente coloreó su rostro un rubor ligero.

» Como la dama persistiese en su inspección, pregunté á mi marido con aire de completa indiferencia:

» — Esta señora te mira mucho. ¿La conoces?

» — Sí. Es Marta de Merainville.

» — ¿Aquella de que me hablabas el otro día?

» — Sí.

» — ¿Tu antigua querida en propiedad?

» — ¡Oh!, en propiedad, no; sencillamente por estipendio — contestó él con cierta expresión desdeñosa.

» — ¡Ah!... ¿Y el precio de ese estipendio?

» — La paga de un senador — dijo mi esposo sonriendo á la idea de una asociación tan barroca.

« — A fe mía — repuse siguiendo el mismo orden de ideas, — la edad de esa señora le daría seguro acceso en el Luxemburgo.

» Un relámpago de despecho cruzó por los ojos de Raúl, y no queriendo dejarle yo bajo el peso de aquella impresión desagradable, añadí con zalamería:

» — ¿Verdad que no la echas de menos?

» — ¡Por Dios! ¿Es posible que imagines tal despropósito?... Tú, tan joven, tan linda, tan hechicera!... Pero, amor mío, sin que yo pretenda ahora establecer el menor término de comparación ofensivo para ti, sabe que tú vales, cuando menos, dos veces más que esa mujer!

» La función terminó sin otro incidente, y, después del espectáculo, entramos directamente en el hotel.

» Un cálido rayo de sol inundaba con alegre resplandor nuestra cámara cuando al día siguiente nos despertamos. La mañana prometía ser hermosa, y Raúl me propuso ir á dar un pasep por la plaza de Víctor Manuel. Vínome á la memoria la conversación de la víspera sugiriéndome una idea, y bajo un pretexto fútil decliné la invitación.

» No habían transcurrido aún veinte minutos, y mi

marido se disponía ya á salir, cuando saltando de la cama le detuve por un brazo, y abriendo con presteza mi portamonedas, lo tendí á mi señor y dueño.

» Hundiendo entonces mi mirada en el fondo de sus ojos, le dije:

» — Puesto que, según tu apreciación de ayer, yo valgo como dos veces la dama del palco, hazme incontinente el obsequio de abonarme el montante de la doble paga!

» Raúl lanzó una sonora carcajada, y saltándome al cuello me abrazó con loca efusión. Una vez calmado

el acceso, con flema británica no exenta de ceremonia, sacó de su bolsillo los 50 francos y me los colocó en la mano.

» — Con infinito gusto, querida mía — exclamó, — desde hoy me comprometo formalmente á entregarte igual suma todas las mañanas antes de salir de nuestra habitación.

» — Negocio entendido — le respondí devolviéndole centuplicados sus besos. »

— ¿Y ha mantenido su palabra?

— Si por cierto, y cada día con puntual regularidad embolso la fuerte suma.

— ¿Sabe usted que esto es muy fuerte para una antigua pensionista del Sagrado Corazón!...

Baja la vista y con aire de modestia encantadora, Mme. de la Vallée repuso:

— Es cierto, amiga mía; pero también estoy en regla con mi conciencia... Católica ferviente,

por nada del mundo consentiría en quebrantar las leyes que me impone mi religión... Pero ningún texto se opone, según creo, á que dentro del legítimo matrimonio, una mujer use del poder sugestivo de sus encantos para alcanzar sus particulares fines.

— ¡Felicitó á usted por tan sutil casuística!

Mme. de la Vallée continuó:

— El montante de esa sucesiva entrega de fondos, forma al fin del trimestre una suma bastante redonda, que me permite, sin gravamen del presupuesto doméstico, satisfacer en parte mis caprichos y dar libre curso á mi fantasía para la *toilette*. Así, á los dos nos sale bien la cuenta, y nuestra dicha es ilimitada.

— ¡Así sea! — dijo despidiéndose la amiga.

ENRIQUE DATIN.





¡QUIÉN FUERA OLA!



¡A LA UNA! ¡A LAS DOS! ¡A LAS TRES!

ASTUCIA FEMENINA

¿Habéis conocido á Maydeux, á Cipriano Maydeux, que fué por espacio de algunos años una celebridad de Montmartre?

Maydeux había ensayado una tras otra varias carreras sin lograr jamás sobresalir en ninguna, porque las encontraba todas á cual más cargante.

Un día se dijo:

«Cuando todo me disgusta hasta ese extremo, seguramente es porque yo no me parezco ó soy diferente de todo el mundo.

»Pues eso de diferir de todo el mundo es cosa que no puede ser más lisonjera para aquel que de tal modo difiere.

»¡Así, es indudable que algo hay aquí dentro! — concluyó dándose una palmada en la frente. — ¿Qué será? Lo ignoro en absoluto; pero positivamente voy á descubrirlo.»

Sin vacilación ninguna, desalquiló el pisito que ocupaba en la casa número 5 de la calle de Veau-qui-tête, mandó hacerse un pantalón á la husarda, dejóse crecer los cabellos, y fuése á vivir al Cerro, convirtiéndose en poeta.

Pálido, de mirada soñadora y dulce, con rojos labios y negro pelo, inmediatamente comprendió cómo debía portarse con las mujeres.

Compuso para ellas varias estrofas á la vez tiernas y místicas, lánguidas y sensuales, en las que intervenían en confuso revoltillo las estrellas del cielo, las piedras preciosas de Oriente, los balcones de las bellas, los instantes fatídicos, el arrullo de las palomas, las islas desiertas y los gusanos de luz.

Inmediatamente fué proclamado «Maestro».

Desgraciadamente, el éxito embriaga. Cuanto más crecía su gloria, más propendía Maydeux á considerar á Margarita, su mujer, como un ser inferior, digno del mayor desdén... Ninguna atención delicada ya, ni el menor cumplido, y por contra, las infidelidades «á granel», como decía la conserje.

Margarita sufrió mucho los primeros días. Después pareció que tomaba un partido con arreglo á las

circunstancias, y desdeñó á su vez por completo á su marido.

Malas lenguas pretendieron también haberla visto luego adornar la frente del poeta... y no con laureles.

Un día recibió Maydeux un billete anónimo en que se le prevenía que aquella misma noche su mujer debía acudir á una cita en una glorieta oscura del Moulin de la Galette.

A pesar del censurable comportamiento y de la frialdad que usaba con su mujer, á Maydeux le entraron celos.

Cinco minutos antes de la hora indicada, se embutió en el rincón más oscuro de la glorieta en cuestión, y allí esperó la llegada de Margarita, la cual acudió efectivamente.

Sin pronunciar una palabra que hubiese podido venderle, el poeta la atrajo hacia sí, y rodeóle con sus brazos la cintura.

Ella prosiguió callada.

Esto era ya muy fuerte: ¡había dicho verdad el anónimo!

No dudando ya de que era positivo el ultraje, Maydeux se irguió vociferando:

— ¡Miserable!

— ¡Miserable, por qué? — interrogó con mucha calma Margarita.

— ¡Porque tú creías estar aquí con Mauduit, con el muy indecente y muy cochino de Mauduit!

— ¡No es mala broma! ¡Como si yo no hubiese reconocido en seguida el... estilo del maestro!

Esta réplica hirió de lleno la vanidad de Maydeux, el cual quedó desconcertado.

— Sin embargo... — aventuróse á decir todavía, — ¿cómo es que acudes aquí, conforme á lo que me dicen en...

— ¿El billete? La has tragado. Tú, tan inteligente y tan pagado de tus méritos, ¿cómo no has conocido que era yo quien lo había escrito?

Maydeux, hecho un puro babieca, no cesó de ser después el marido más atento y más fiel que pudo darse bajo la capa del cielo.

RENATO DE LA HOUPETTE.



EL AMA

(LA ESCENA PASA EN LA COCINA)

— Y bien, ama: ¿se acostumbra usted á sus nuevas funciones de cocinera?

— Ya lo ve el señor.

— ¿Está usted contenta de permanecer aquí, ¿verdad? ¿Le gusta á usted no haberse visto obligada á tener que dejarnos cuando ha perdido usted la leche y hemos tenido que destetar al niño?

— Sí, señor.

— Pues esto, á mí me lo debe usted. Yo he persuadido á la señora de que es usted una sirvienta modelo; entonces, como sabía usted algo de cocina, la señora ha determinado despedir á la cocinera y le ha dado á usted su plaza. No por eso pierde usted el nombre de ama que tan merecido tiene y que le confiere una especie de dignidad muy superior á la que alcanza la vulgaridad de los domésticos.

— El señor y la señora me tratan mejor de lo que merezco.

— Por lo que á mí toca personalmente, he procurado de todas veras que no perdiese usted el título ese de «ama», pues tengo ganas de reintegrar á usted en las funciones que él supone, tan pronto como nazca nuestro próximo bebé.

— ¿El señor espera un nuevo crío?

— ¡Claro!: casi todos los años nos llega uno. El presente es uno de los más raros...

— Entonces el señor ha hecho muy bien en prevenirme. Si el señor me quiere de nodriza el próximo año, conviene que yo tome desde ahora mis... disposiciones.

— Es muy justo.



— El señor debe comprender que necesito alguna libertad, y creo que debería decírselo así á la señora. Ella, ya el señor lo sabe, rehusa regularmente concederme días de salida y también se opone á que me visiten en casa.

— La señora hace bien; tememos que adquiera usted malas relaciones.

— Bueno: pues entonces...

— Sí, ya entiendo. No se inquiete usted; deje usted hacer; será usted nodriza tal como se lo he prometido; esto queda de mi cuenta... vamos, me encargo yo de ello...

TRÉBLA.

UN ALMUERZO

¿Conque he de almorzar contigo? ¡Cuánto lo agradezco, Luisa!

Sentémonos, que ya sacan el primer plato... ¿Judías? No sé por qué se me vienen á la memoria tus primas, las que pusieron la casa de préstamos en Sevilla.

¿Atún en salsa? Me gusta. ¡Tu padre está bueno, chica! Me le he encontrado en el Parque hará tres ó cuatro días.

¡Hola! ¿Pavo en pepitoria? Creo tener á la vista á tu abuelo... El pobrecito por el pavo se moría.

Ya acabé... ¡Calla! ¿Chuletas de cerdo? Son cosa rica.

Dime; tu tío el canónigo, ¿sigue tan gordo en Galicia?

Lo celebro... ¿Estas son truchas en escabeche? ¡Qué finas! No sé por qué me recuerdan á tu madre. ¡Pobrecilla!

¿Qué traen ahora? ¿Un cabrito? Es una pieza hermosísima. ¡Me acuerdo más de tu esposo!... ¡Qué bien está en Filipinas!

Ya hemos llegado á los postres. Los postres son mi delicia. ¡Hola! Bizcochos borrachos... ¿Tus hermanos, en Montilla seguirán, lo mismo siempre? Dios les conserve la guita.

¡Buen dulce de calabaza gastamos, querida Luisa!

Me parece que estoy viendo aquí, en nuestra compañía, á tu tío el diputado.

¡Qué calabaza más rica!

¿También hay *Antis del Mono* para fin de la comida?

¿Será el anís de tu primo?

¡Qué generoso... y qué lila!

...

¡Ajajá! Ya he terminado.

Mil gracias, amiga mía.

Mas permite que te ruegue que si á otro almuerzo me invitas, no me des las mismas cosas; porque si me das las mismas, se me va á estar figurando que me como á tu familia.

J. PÉREZ ZUÑIGA.



MONTMARTRE

TABERNA BRUANT (Antigua Mirliton)

El popular cancionero, el descendiente de Villon, el poeta cínico y sin embargo piadosísimo que compuso: *En San Lázaro; en la Villette; en Biribi; en la Glacière*, vive hoy muy bien rentado en una finca de las inmediaciones de París. Ha dejado en la taberna que lleva su nombre, en la que adquirió gloria y fortuna, dos sucesores, los cantores *Rafael* y *André*, y les ha legado también su traje: el gran hongo de fieltro, el pantalón de terciopelo rayado que completa un chaleco con solapas, una cazadora con botones de cobre y un cinturón rojo;—pero no ha podido legarles su verbosidad mordaz, sus aceradas frases; así *Rafael* y *André* no hacen más que imitar y repetir al «maestro».

Para entrar en casa de Bruant, hay que llamar primeramente. Abrese la puerta y se os recibe como á un importuno, como á un fastidioso á quien se quisiera mandar á todos los diablos. Y toda la sala os acoge con el tradicional refrán: *Holà...là Ah! c'te gueule, c'te binette...*, etc.

Los tímidos, casi escamados, van á ocupar en seguida el sitio que les designan con estas amables frases: «Nájate á los sillones de orquesta...»

Después de cada producción, el cantor, armado de una alcancía, pasa por en medio de la concurrencia

diciendo: «*Voyez galette!*», lo que significa que es preciso soltar la mosca de vez en cuando. De pie sobre un taburete, canta alguna que otra muchacha; después *Rafael* os anuncia que «os van á meter por los hocicos» un poco de literatura. Y, yendo y viniendo por la sala, contoneándose como Bruant, repite algunas canciones célebres del maestro, ó algún monólogo floreado con el *argot* de la rufianería.

A la salida, os despiden con el mismo refrán con que fuisteis recibido, con esta variante:

Todos estos que se van,
Son unos puercos, son unos puercos, etc.

La taberna Bruant se abre á las 9, y no se desocupa sino hasta la una de la madrugada. La verdad es que hay muchos hombres y mujeres decentes que, por aberración estrambótica, experimentan una sensación deliciosa al verse tratados, una vez al menos en la vida, en el más puro *caló* tabernario.

LA TABERNA DE LAS ARTES

Fundáronla en 1898 cinco cancioneros montmartrenses: *Xavier Privas*, *Varney*, *Sécot*, *Baltha* y *Numa-Blès*. Es una de las más independientes, más audaces y más libres de Montmartre. Cántanse allí todas las noches *canciones de actualidad* en extremo atrevidas, y se representan revistas *canallescas*.

Es ante todo la casa de *Xavier Privas*, el «príncipe» actual de la canción, el autor de los *Turiferarios* y

de una serie de canciones que forman una antología de obritas maestras. Pero es también la casa de Varney cuyas obras rebosan fantasía y humorismo; de Bonnaud, el acerbo cancionero de todos *los sucesos contemporáneos*, desde la *Expulsión de la Otero*, hasta la *Historia de un gran complot*.

También se da ocasión de aplaudir allí á M. Luis Auguin y á Mlle. Odette Mongars en su repertorio y sus revistas.

LOS «QUAT-Z-ARTS»

Esta taberna vegetó primeramente bajo los nombres sucesivos de «Tambourin» y de la «Butte», y aun durante largo tiempo bajo su nombre actual, hasta el día en que el cancionero Trombert tomó la dirección del establecimiento.

Desde entonces, los Quat-z-Arts se convirtieron en uno de los activos centros del genio montmartrense, con Pablo Delmet, G. Tiercy, Fragon, Xavier Privas, Trimouillat, Marcelo Legay, etcétera.

En los Quat-z-Arts han nacido las canciones y los monólogos de más fabuloso éxito, como la *Balada de los Agentes*, la *Paimpolaise*, de Botrel, los *Soliloquios del Pobre*, de Juan Rictus, etc.

La generación joven de la pintura celebra en esta taberna sus alegres reuniones y organiza fiestas tan raras como divertidas. La *Vachacade* fué una de tantas.

En los Quat-z-Arts ven la luz las ideas más chuscas y peregrinas, y en ninguna otra parte se ven tipos tan excéntricos como allí; pero es asimismo el albergue de los más sutiles ingenios, y los críticos de mayor influencia y nombradía no se desdeñan, á la hora del aperitivo (de cuatro á siete) de mezclarse con los jóvenes y bulliciosos poetas y cancioneros del Cerro.

EL "TABLADO" DE TABARIN

Lo fundó Fursy, quien le dió este nombre para recordar los famosos tablados del Puente Nuevo, donde Tabarin fué el primero en interpretar el sainete lírico, la bufonada mordaz y jocosa, cuya chispa burlesca ha encontrado nuevamente Fursy en sus canciones canallescas, que se cantan todas las noches.

Dirigido hoy por M. Ropiquet, congégase en el «Tablado» todo un grupo de viperinos cancioneros, como J. Ferny, Dominico Bonnaud, Montoya, el humorista Burtet, Julio Moy, etcétera, autor este último de una pieza muy picante titulada: *La vaca de Orfeo*.

A las piececillas y á las revistas canallescas añádase á veces la magia, muy *canallesca* también, — la chanza cruel y libertina, pero tan original y graciosa que logra pasar sin ofender los oídos.

L'ALOUETTE

(La Alondra)

Era la taberna de Marcelo Legay, á quien también le dió por «fincar-se y querer fabricar un nido».

Marcelo Legay es una especie de Tirteo. De regular estatura, barba rala, largos cabellos flotando al viento al rededor de un cráneo pelado, resguardados los ojos por un binóculo cuyo cordón trae á la memoria al difunto príncipe de Sagan, aire de bardo melencólico con sombrero de ala plana ligeramente echado atrás, una levita á lo Napoleón, ó á lo Deroulède y pantalones á la husarda, tal es Marcelo Legay descrito por H. Valbel.

Marcelo Legay es el cancionero, el músico típico de Montmartre. Ahora canta en el Tablado de Tabarin.

Sus padres le dedicaban á tonelero; pero él entró en el Conservatorio de Lille, y después de haber pasado por el teatro del Havre, Marcelo Legay se fué á Montmartre, donde creó el primer *Chat Noir*. Allí





obtuvo un éxito prodigioso con su *Hora de la cita*, la *Leyenda del soldadito de plomo* y la música que compuso para el *Sembrador*, de J.-B. Clément.

EL CONSERVATORIO DE MONTMARTRE

En una sala cuyas bóvedas góticas, decoradas con banderas y oriflomas, recuerdan las antiguas abadías medioevales, veréis sentado un pianista ante un «gran cola», mientras que detrás de él, de pie sobre un banco, canta una «estrella» montmartrense.

Aquí todo pasa como en familia; el público corea las canciones y suele acompañarlas también con todo lo que tiene á mano, los bocks, los platillos de las tazas, los bastones; con lo cual se arma un *chahut* y una batahola infernal.

El amo del Conservatorio de Montmartre gasta asimismo indumentaria á lo Bruant.

Decora el local la colección única del pintor Jorge Redon, representando todas las celebridades del Cerro, pintores, escultores, poetas, cancioneros.

En el fondo de la sala, el dibujante Enrique Col tiene instalado un teatrillo de sombras chinescas, que recuerda el famoso teatro del Chat-Noir.

EPIGRAMAS

Vió embarazada á Teodora,
Y díjole un estudiante:
—Algo corto es por delante
Ese vestido, señora.—

Y ella, vuelta la cabeza,
Contestó con mucha sal:
—No es por falta de percal,
Porque entró toda la pieza.

BALDOVÍ.

Criadas donde hay amas
Duran muy poco,
Y suelen ser eternas
Con amo solo.

Y muchas de ellas
Se hacen amas, cansadas
De ser doncellas.

Sabe, Juan, puesto que vas
Tras de Inés, si has de alcanzarla,
Que cuesta mucho lograrla,
Y haberla logrado, más.

P. DE JÉRICA.

Es amor un sustantivo,
En cuya declinación
Sólo hay dos casos, que son
El genitivo y dativo.

J. DE IRIARTE.

Preguntando Juan Bautista
Por Pérez el diamantista,
Le contestaron:—Trabaja
Encima de la modista
De la calle de la Paja.

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo,
Díjela:—Picado quedo;—
Pero ya lo estaba yo.

Rióse, y con su cordura
Acudió al remedio presto:
Chupóme el dedo, y con esto
Sané de la picadura.

ALCÁZAR.

Conejo á varias tabernas
Vende barato Inés Rute,
Porque lo entra de matute
¡Escondido entre las piernas!

Una vieja se moría,
Y el marido, de ayes harto,
Entrar á verla en el cuarto
A viva fuerza quería.

Y viéndose detener
Por amigos, clama al cielo:
—¡Dejad, que siempre es consuelo
Ver morir á su mujer!

R. J. DE CRESPO

Una mujer se cayó
Al suelo, pues tropezó
En el canto de la acera
De una calle, de manera
Que las piernas enseñó.

Estando cerca de allí
Fué á levantarla Martí,
Mas ella dijo:—¿Usted ha visto?...
Y Martí, que es chico listo,
Contestó:—¡Claro que sí!

EDUARDO GUILLAR.

—Ahí va un saco con tabaco;
Véndelo, pobre Geroma,
Y si te dan poco, toma
Lo que te den por el saco.



QUINCENA TEATRAL

CARTAS Á MARGARITA

¡Qué aburrimiento, mi querida Margarita! ¡No se encuentra una diversión por un ojo de la cara! Las compañías desparramadas, toman las temporadas veraniegas como un pretexto para actuar de forasteros en playas y balnearios y de lo que menos se ocupan es del arte, del público y de las obras. Después de todo hacen bien y les alabo el gusto, pues el público hace por su parte poco caso del teatro, prefiriendo los espectáculos al aire libre y aquellos, como los circos, en que se puede estar sin aprisionarse en los rígidos trajes de sociedad que sofocan y abrumen.

Por lo que respecta á Barcelona, pocas veces la hemos visto con menor núcleo de diversiones que en la actualidad. El principal, el Liceo, Eldorado, el Tivoli, Romea... todos tienen cerradas sus puertas, y si no fuera por la compañía italiana de la señora Vitaliani, de quien te hablé en mi anterior carta, la Gran Vía y el Teatro Nuevo, estaríamos sin tener donde acudir á esparcir un poco el ánimo, que buena falta nos hace, para compensar un poco los calores excesivos con que nos está obsequiando Febo.

La Sra. Vitaliani continúa su campaña triunfal procurando luchar con la temperatura reinante, la carencia de familias en la capital y ofreciendo de vez en cuando estrenos que unos gustan, otros no, pero que demuestran de todas suertes el empeño de la eminente actriz de dar variedad al cartel. De todos aquellos debo particularmente hablarte del de la comedia satírico-social, original del afamado pintor y notable literato Santiago Rusiñol, titulada *Libertá* en la traducción al italiano que ha hecho de ella D. Alfredo Sainati.

Tienen las obras teatrales de Rusiñol analogía grande con sus producciones pictóricas: domina en todas ellas un simbolismo tan refinado que son pocos los que, iniciados en las sublimidades recónditas que unas y otras contienen, puede apreciarlas en toda la intensidad de su valer. Para estudiar y comprender á Rusiñol hay que tener la habilidad de saber leer entre líneas. Y esto que ocurre en los trabajos literarios de «el castellano de Sitjes» cuando están en español ó catalán, se aumenta cuando, como en la ocasión presente, la labor está vertida á un idioma extranjero. De todos modos, si el dueño del *Cau ferrat* se propuso demostrar con *Libertá* su talento, lo ha conseguido plenamente.

Aunque no pueda asegurarse que la obra reuna en absoluto todas las condiciones exigibles á una producción destinada á los escenarios de los teatros, ha logrado sin embargo un éxito verdadero, consiguiendo el autor calurosas ovaciones al terminar todos los actos, y siendo llamado diferentes veces á la escena.

Cuando esta carta llegue á tus manos se estará abriendo el Tivoli, convertido en circo ecuestre.

Conozco á poca gente que no le agrade este género de espectáculo, por la variedad que ofrece y las novedades que los artistas se ingenian en inventar para no caer en las vulgaridades pasadas de moda.

Del circo de hoy al circo de hace treinta años hay una diferencia grandísima. Cada temporada, en medio de las naturales antiguallas — no todo puede regenerarse de golpe y porrazo — aparece una *¡¡¡¡atracción!!!!*

que aun cuando obrando en justicia podría suprimirse algunas admiraciones para dejarlas en su justo lugar, no por eso deja de constituir un verdadero esfuerzo de originalidad, ingenio, paciencia, arte ó fuerza que basta por sí solo para llenar el circo, haciendo caso omiso de los payasos ordinarios y de las *ecuyères* que rompen los aros de papel de seda.

Deseo á la temporada ecuestre-gimnástica-acrobática y cómica (denominaciones de las que no se puede prescindir jamás) mucha suerte y muchas *¡¡¡¡atracciones!!!!*

El *Teatro Nuevo* ha tenido durante unas cuantas noches, en calidad también de atracción, aunque sin admiraciones, al muchacho cantador de jotas Juanito Pardo, que, como sabrás, es una especialidad en el género, como lo demuestra el gran número de premios y recompensas y aplausos que ha obtenido en todos los sitios en que ha dejado oír su voz cristalina y pura y su estilo matracó puro sin mezcla de algodón.

La Pepita Alcacer y Martínez continúan siendo muy celebradas en el Teatro Nuevo, que parece ha nacido con buena estrella.

En la Gran Vía, el género melodramático sigue proporcionando á las farmacias grandes ventas de tila y agua de azahar. La resurrección de *Los dos pilletes* ha caído tan de pie como cayó su estreno, y durante infinidad de noches consecutivas hemos disfrutado del encanto de poner nuestros nervios en tensión por unas horas.

Los empresarios han comenzado ya á formar las listas de compañía para la próxima temporada de invierno, de alguna de las cuales acaso pueda darte cuenta en mi próxima carta.

Entre tanto... voy á tomarme la horchata más helada que encuentre en las horchaterías.

Te abraza tu amiga

DEMI-VIERGE.



LISE DU VERGER. — *Folies Eccentriques.*

Para los anuncios en esta Revista, dirigirse á todas las Agencias de publicidad y á esta Administración:
Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

MILAGROSOS CONFITES

Inyección vegetal
y Roob antisifilítico

CONSTANZI



ANGELO CONSTANZI
Diputación, 435.-Barcelona

Miles y miles de celebridades médicas, después de una larga experiencia, se han convencido y certificado que para curar radicalmente los estrechamientos uretrales (estrechez), flujo blanco de las mujeres, arenillas, catarro de la vejiga, cálculos, retenciones de orina, escozores uretrales, purgación reciente ó crónica, gota militar y demas infecciones genito-urinarias, evitando las peligrosísimas sondas, no hay medicamento más milagroso que los **Confites** ó Inyecciones Constanzi. También certifican que para curar cualquier enfermedad **sifilítica** en vista de que el Iodo y el Mercurio son dañinos para la salud, nada mejor que el **Roob** Constanzi, pues no sólo cura radicalmente la **sífilis**, sino que estriba los malos efectos que producen estas substancias, que, como es sabido, causan enfermedades no muy fáciles de curar. A. Salvati Constanzi, calle Diputación, 435, Barcelona. seguro del buen éxito de estos específicos, mediante el trato especial con él, admite á los incrédulos el pago una vez curados. Precio de la Inyección, pesetas 4. Confites antivenéreos para quienes no quieren usar inyecciones, pesetas 5. Roob antisifilítico, pesetas 4.- En Barcelona: Farmacias. Dr. Boatella, R. Centro, 37.-V. Ferrer y C.ª, Princesa, 1.-Dr. Andreu, R. Cataluña, 120 y 122.-Reinaldo Herreros, S. José, 23.-Hijos de J. Vidal y Ribas.-L. Gaza, Sociedad Farmacéutica Española.-Grau Inglada, Conde Asalto, 4.-Dr. Masó Arumi, Estudios, 13.-J. Escrivá, Fernando VII.-A. Carbó, Ronda S. Pedro, 20.-Luis Amargós, plaza Sta. Ana, 9.-Rafael Gallol, Diputación, 339.-Dres. Botia y Ballá, Cataluña, 21.-Serrallonga Elías, Aribau, 81, y Teodoro Llopis, S. José, 4.- Consultas médicas: Lunes, miércoles y viernes, á las 12, calle Diputación, 435, entresuelo, 2.ª (esquina Bailén).

LIBRERÍA FRANCESA

8 y 10, Rambla del Centro, BARCELONA

EN VENTA

Tarjetas postales, desnudos . . . á 30 céntimos una.
Tarjetas, por series, artistas parisienses, desnudos 150 pta. cada serie de 10.

ÚLTIMAS NOVEDADES

Encyclopédie amoureuse, . . . 1 tomo, 4'50 ptas.
RAMEAU. Le Champion de Cythère 1 » 4'50 »
REBELL. La Brocanteuse d'amours 1 » 4'50 »

Siete Pecados Capitales: La Luxure . . 7'50 ptas.
- L'Envie . . . 7'50 »

EL MARAVILLOSO

«Aceite de la Anciana Ramón»

para curar el Reumatismo

es digno de ser considerado como el mejor remedio conocido hasta el presente para curar tan molesta enfermedad. Sus efectos rápidos para calmar los dolores reumáticos, tanto los producidos por la sangre viciada como por el clima, le declaran como el mejor lenitivo. Advértese que los causados por el clima sólo bastan dos ó tres fricciones para que desaparezcan.

Dirigir los pedidos al único agente en España:

Librería Francesa, Rambla Centro, 8 y 10, Barcelona

AGUA DE COLONIA VIRGINAL

Las plantas frescas que empleamos en su preparación la recomiendan para la higiene de la vista, litro, 6 pesetas.

FARMACIA DE TORRES MUÑOZ
SAN BARTOLOMÉ, 7

EN VENTA:
EMILE ZOLA
LE TRAVAIL

Edición francesa 4'50 pts.
Franco correo Certificado . 5 »

Se admiten sellos de Correo ó Giro Mutuo.

Administración **PARIS ALEGRE**:
8 y 10, Rambla del Centro.
BARCELONA

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Campomar, C. novos del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NUOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C.ª, editores.- Barcelona

ÚLTIMA PALABRA DE LA CIENCIA
LO MEJOR PARA EL CABELLO

LOCION
VIOLET-QUINA

EXTRACTO VEGETAL. M. CASALS

Higiene, Asepsia y Antiseptia de la Cabeza.

HERMOSEA, conserva y vigoriza el cabello.
DETIENE su caída y promueve su crecimiento.
IMPIDE la calvicie y canicie prematura.

VENTA: En todas las Farmacias, Perfumerías, Droguerías, Peluquerías y Bazares. FRASCO: 3 ptas
Por mayor: V. Ferrer y C.ª; Vidal y Ribas; L. Gaza; S. Banús; Lafont; Dr. Andreu y Cebrián y C.ª, Barcelona.- G. García y Martín y C.ª, Madrid.

DEL MISMO AUTOR
THYMOL - CASALS

El mejor Dentifrico y Antiséptico.

Premios Exposición PARÍS 1900 (único concedido), y IX Congreso Internacional de Higiene, Madrid.

¿Quiere V. hacer un buen regalo á su novia?
Compre una caja de

POLVOS IMPERIALES

Son los mejores que existen para conservar la FRESCURA Y BELLEZA DEL CUTIS.

Evitan la formación de arrugas prematuras, y preservan de granos, barros y erupciones de la piel.

PERFUME DELICIOSO FINOS Y ADHERENTES

Cajas de 6 y 10 rs. en el Depósito Central
Plaza del Pino, 6, farmacia
BARCELONA
Por correo certificado, 8 y 12 rs.

Premio «RENUNCIADO» en la Exposición Universal de París de 1900.

CURACION CIERTA DE LAS ENFERMEDADES URINARIAS

SANTALOL SOL

NUOVO MEDICAMENTO MUCHISSIMO MAS ACTIVO QUE EL SANDALO

Depósito: Farmacia Sol, Cortes, 226 (frente Universidad), BARCELONA